NATALIA P. ÓRDENES

ALMA Y EL LEGADO OSCURO



Áurea Ediciones

PREFACIO

Jugar con fuego era peligroso. Jugar con los rayos del cielo era peligroso. Pero jugar con lo desconocido, eso definitivamente podía significar la muerte.

La idea entre los pensamientos de Elis Podpera, le daba vueltas como neblina espesa. Algo muy al fondo gritaba que lo intentara, que nada malo pasaría si solo chasqueaba los dedos y el destello la guiaba, tomándola de las manos y cubriéndole los ojos con una tela de su color favorito. Era un tire y afloje constante entre la seducción y la razón.

No podía estar loca, eso era completa e irrefutablemente imposible. Pero la idea no se iba, no la dejaba, se quedaba plantada como un recuerdo antiguo que sabía no existía. Y había algo más, una suspicacia que susurraba con el viento y no la dejaba desviar el seductor juego hasta un tacho de basura.

La escasa brisa de esa calurosa noche de verano obligó a Elis a dejar la ventana abierta de la habitación. Esa tarde, había estado echando las runas sin cesar sobre la mesa,

queriendo preguntarles por todo eso que sentía, escuchaba u olía a través del viento. Pero no podía concentrarse, por el mismo peligro que infundía su mente, dejándolas bajo la luz de la luna, cargándose de energía.

Y en la oscuridad, la sombra del encapuchado inquieto de un alma desesperada se deslizaba con gracia hasta el balcón, sin hacer el menor ruido y eevitando dejar una sola huella. Elliot, el escolta de Elis, estaba lejos de esa habitación, bajo el agua de la ducha al otro extremo de la casa, con el rostro impasible como si no pensara en nada.

Pero sí pensaba.

Era pasada la medianoche, cuando las puertas de todas las habitaciones se abrieron sin que nadie se diese cuenta. El ladrón encapuchado, vestido completamente de negro, recorrió cada una de ellas en sincronía con el tic tac de los relojes, evitando que el más mínimo crujido llamara la atención.

El sueño de Elis siempre había sido ligero, pero esa noche era profundo, como si algo hubiese bañado por completo de ensueños a los Podpera. Una magia diáfana e intocable, inerte y silenciosa, como las respiraciones que subían y bajaban los pechos bajo las sábanas.

Pero no podía confiarse.

La mano, también enfundada de negro dio con una de las habitaciones que, parecía ser, resguardaba eso tan anhelado que llevaba tanto tiempo buscando: la *cornalina*, el famoso cristal que mantenía con vida a su dueña, y a raya la locura sin que podría envolverla con cualquier irracionalidad. Su corazón quiso salirse por la boca cuando la fuerza de ese lugar intentó empujarlo por la puerta hacia el pasillo, debiendo sujetarse con ambas manos en el umbral.

—Así que aquí estás —susurró el encapuchado, con una

mueca en los labios.

Inclinándose, sacó desde una de sus botas una navaja pequeña y la mantuvo entre los dientes desde el mango. Cerró la puerta y se quitó la capucha, dejando caer su largo cabello a ambos lados de los hombros. Recorrió la estancia con la mirada, acercándose hasta los muros y empezando a tocarlos con ambas manos. La habitación brillaba en demasía, con sus paredes blancas, que casi no tenían sitio vacío donde no hubiese algo decorativo. El chirrido de la ampolleta era molesto, como si esta quisiera que se inquietara y huyera antes de que alguien descubriera su hazaña, cosa que por todos los motivos que manejaba, iba a ser imposible.

Quitando todos y cada uno de los cuadros colgados, el ladrón buscó algún escondite secreto tras ellos, hasta ver uno en especial que llamó su atención. Era el retrato de Elis, única hija del matrimonio Podpera y dueña legítima, en esta vida, de la cornalina. Estaba sentada en un sitial de madera dorada y brocado de oro y seda, con las manos sobre las piernas y la espalda recta. Su nariz respingada se adornaba con las pecas discretas que desaparecían en las mejillas coloradas. A su espalda estaba el escudo familiar, que observó con detención antes de escalar el librero más alto del lugar y quitar el cuadro. Tocó la pared, estudiando cualquier imperfección que estropeara la maravillosa muralla blanca. Se detuvo al sentir bajo su dedo índice algo pequeño y molesto. Mezclándose como un camaleón, el papel que cubría el secreto comenzaba a despegarse, dejando a merced de cualquier curioso la tentación de rasgarlo y descubrir lo que allí ocultaban.

Cogió el cuchillo y comenzó a despegar el papel sin dejar huella del insulto, devolviéndolo a su lugar. Lamiéndose el sudor que bajaba hasta sus labios, no daba crédito a lo que

estaba viendo. Siempre esperó encontrar una caja fuerte o algo similar que mantuviera el cristal a salvo, pero lo que había encontrado ni siquiera le daba risa. La cornalina estaba hundida en el muro de cemento, brillando con el reflejo de la ampolleta que aún no dejaba de chirriar. La madera bajo sus pies crujió, alertando que el tiempo no era infinito. Con la ayuda de unas pinzas, sacó el cristal, envolviéndolo en un trozo de tela.

Mientras cerraba la puerta, cubriéndose otra vez con la oscura capucha, ardiente en adrenalina, creyó dejar todo en orden y milimétricamente perfecto, como había encontrado la habitación. Pero el retrato de la heredera, como si el subconsciente dormido de Elis notara que algo faltaba, cayó sobre la alfombra de rombos rojos y anaranjados, dejando el muro de color blanco vacío. Y tal como había entrado, la oscura sombra recorrió los pasillos de alfombras rojas en reversa, sintiéndolos cada vez más pequeños, más estrechos. Apresuró el paso con el sudor bajando por el cuello, y el corazón bravo.

Tenía el cristal.

Al fin podría salvarlo.

Pero… ¿a cambio de otra vida?

—Ahora es tú turno —dijo quitándose la capucha, ya a salvo, a varios metros de la casa, caminando sobre las hojas secas, acompasando los pasos y sujetando el bolso sobre el pecho.

La silueta de un hombre alto y esbelto caminó a su encuentro, sonriendo mientras mojaba uno de sus dedos con saliva y lo frotaba con el pulgar en dirección a la casa Podpera. Algo espeso como el petróleo se movió en dirección al tejado. Varias manos salieron de la materia oscura, moviéndose como arañas en todas las direcciones, bajando

por las murallas hasta tocar el suelo. Se mantuvieron quietos e impasibles mientras la materia reducía su tamaño, desapareciendo las manos hasta convertirse en un brillo imperceptible, mientras volvía al ritmo de la brisa hasta los dedos de su ejecutor.

—Esa chica podría morir —susurró el ladrón, aclarándose la garganta.

—¿Crees que no voy a cumplir con la otra parte del trato? —el hombre, arrogante, soltó una carcajada.

Con la vista al frente y sin prestarle atención a la ironía del esbelto sujeto, el encapuchado vio la luz encenderse desde una ventana. La observó con atención. Sabía que era la habitación de Elis y entendió que el hechizo ya se había acabado. Las luces continuaron encendiéndose en otra habitación y en la siguiente y en la siguiente.

—No —bufó el ladrón confundido y esquivando su mirada—, pero yo no asesino personas—. Sabía que se burlaba, sabía que no debía confiar ciegamente en ese hombre…

—Tampoco yo —rio el sujeto una vez más.

—Entonces, ¿qué sigue?

Resoplando una siniestra sonrisa, el hombre sacudió suavemente la cabeza y musitó:

—Aileen Salvin.

—¿Aileen Salvin? —se volteó al segundo, sacudiendo su larga cabellera, sintiendo cómo su estómago se retorcía—. ¿Qué quieres que haga con ella?

Sus ojos y los del aquel hombre se encontraron en la oscuridad y el escalofrío que subió desde su espalda hasta la nuca, bajo la delgada tela negra, le decía que esto posiblemente iba a salir muy mal.

—Robarle el alma, eso tienes que hacer con ella.